



(**CARLOS MARTÍ ROY***, 02/01/2018) | Estamos en las puertas de un nuevo año, pensar en esto me ha llevado a reflexionar sobre el cuestionamiento existente en nuestra sociedad respecto a nuestra propia historia e identidad.

Existe un permanente cuestionamiento de lo sucedido en el pasado, demasiada ansía por romper con lo anterior, propio de una sociedad líquida donde todo cambia con mucha facilidad y sin rumbo cierto.

Se asocia el pasado a una mente conservadora y lo nuevo al progreso, pero lo nuevo no es siempre lo mejor. Las sociedades han experimentado a lo largo de su historia cambios, pero no todos fueron buenos.

Se celebra y abraza lo nuevo sin preguntarnos, sin ningún sentido crítico, lo nuevo es lo relevante, capta nuestro interés fácilmente, nos seduce y despierta en nosotros un influjo que nos hace perder la capacidad de discernir, nos arrastra a un mundo de emociones y sentimientos que nos borran la memoria y nos conduce a no sabemos muy bien dónde.

Me recuerda a los atenienses del siglo I, a los que Pablo dirigió su discurso en el areópago, (Hechos 17:21): “Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo”.

Subrayo el único interés de decir u oír algo nuevo, el culto a lo nuevo, asociando lo nuevo a lo distintivo. Eso es el gurú de esta nueva sociedad e iglesia, un líder que nos guía a una sociedad en constante cambio pero sin rumbo cierto; una sociedad despojada de sus raíces identitarias y de su propia historia como elemento distintivo; una sociedad líquida, donde como dice el Catedrático emérito de sociología de la Universidad de Varsovia, Zygmunt Bauman, en su libro “Vida Líquida”, *“la vida líquida, como la sociedad moderna líquida, no pueden mantener su forma ni su rumbo durante mucho tiempo”* ; en resumen, *“la vida líquida es una vida precaria y vivida en condiciones de incertidumbre constante.”*

Las personas que fabrica este modelo de sociedad, tal y como las describe Jacques Attali *“viven en una sociedad de valores volátiles, despreocupadas ante el futuro, egoístas y hedonistas. Para ellas, la novedad es una buena noticia, la precariedad es un valor, la inestabilidad es un imperativo, la hibridez es riqueza. En diverso grado todas ellas practican y dominan el arte de la vida líquida; la aceptación de la desorientación, la inmunidad al vértigo, la adaptación al mareo y la tolerancia a la ausencia de itinerario y dirección.”*

Nos encontramos en los inicios de un nuevo año, acabamos de terminar el 2017, un año de conmemoración de nuestra identidad y raíces protestantes, una mirada al pasado crítica pero ilusionante respecto a lo que supuso. Con más o menos entusiasmo, rigor y acierto, hemos mirado a aquellos que nos precedieron, algunos juzgándoles desde el sillón de nuestras modernas casas, sin tomar en consideración el contexto histórico que el que se desarrollaron las reformas protestantes, de las que me siento heredero y beneficiario. Esta mirada a nuestro pasado ha sido lo mejor que me ha acontecido en este año. La comunidad en la que sirvo y con la que convivo me ha permitido disfrutar de una mirada detenida a nuestras raíces. Hemos leído, aprendido, escuchado y compartido en grupo las reformas protestantes.

Mi conclusión, es que hoy me siento protestante; quiero ser protestante, y ¿sabes por qué? porque **LA SOLA ESCRITURA** me otorga un marco de autoridad y seguridad del que disfruto de un Dios que quiso hablarme de sí mismo, de lo que ha hecho en la naturaleza, en la historia de la humanidad, en Cristo y me he enamorado de Él leyendo su diario, he descubierto que la Biblia no trata de mí, sino de Él.

LA SOLA GRACIA, ha dotado a mi propia existencia de propósito y significado, amar y ser amado es la mejor experiencia a la que se te puede invitar.

LA SOLA FE, un precioso don de Dios que da sentido a todo lo que soy y hago, y en ese mismo orden.

SOLO CRISTO, es maravilloso disfrutar del Dios humanado, hecho un igual a mí, que vivió la vida que nunca yo hubiera soñado vivir en lo moral y respecto a la justicia de Dios; que no recibió el pago de su vida, sino del fracaso de la mía, que me reconcilia consigo mismo y con el resto de la humanidad; que su justicia despierta mi hambre y sed, mi deseo de admirarle, seguirle y compartirle. Jesús, un verdadero puente a Dios y al otro.

SOLO A DIOS LA GLORIA, me libra de lo peor de mí, del egoísmo que compite con el semejante, que se compara constantemente para aliviar su complejo y frustración, que lo juzga y critica todo, que menosprecia al diferente, que me libra de la amenaza de intolerancia y justicia propia que me lleva a juzgar o menospreciar a mis hermanos, el **SOLO A DIOS LA GLORIA**, nos asemeja al otro, iguala, hermana y nos libera. ¡Gracias Dios!

Este Dios que se reveló desde el principio de los tiempos, que nos ha hablado de muchas maneras distintas y muchas veces, y que de manera especial se ha dirigido a nosotros en persona por medio de JESÚS, rescata lo mejor del pasado, lo pone en valor y hace que mi esperanza no dependa de lo que me depare este nuevo año, sino de lo que JESÚS hizo ya hace poco más de dos mil años. **¿Quién dijo que lo nuevo necesariamente tenía que se lo mejor?**

